

**Granés, Carlos:**  
***Salvajes de una nueva época***  
***Cultura, capitalismo y política***  
Taurus, Barcelona, 2019, 203 pp.

Fecha de recepción: 23/09/2021

Fecha de aceptación: 05/11/2021

Carlos Granés, antropólogo de profesión, ha escrito un libro importante para todos aquellos que nos venimos preguntando en los últimos tiempos de dónde ha surgido este nuevo populismo que, a izquierda y derecha, intenta estragar la democracia constitucional. La obra es un jugoso repaso a las principales fuentes de inspiración que han encontrado las formaciones políticas que encarnan las políticas populistas en nuestro tiempo y, más en concreto, en nuestro país. Es una obra muy a tener en cuenta, sólidamente construida, vibrante, y con la que no es extraño estar de acuerdo.

El libro se divide en dos partes. En la primera se estudia cómo el *salvaje se hace capitalista*. Y en la segunda se hace lo propio en sentido contrario: descubrir hasta qué punto y de qué manera el *civilizado se hace salvaje*. Veamos cuáles son los principales hitos que descubre nuestro autor, en un ensayo escrito muy bien, ameno de leer y nutritivo desde el punto de vista intelectual. Nunca estaremos lo suficientemente agradecidos por ensayos así, máxime en los tiempos que corren, de “infodemia”, lectura en diagonal, mucha prisa (para no saber adónde ir) y demás pandemias propias de la posmodernidad.

En la primera parte lo que hace el autor es argumentar y demostrar cómo el mundo del arte, de la vanguardia, se ha hecho pura mercadotecnia y puro comercio. Empieza a no haber barreras y límites. Cuando el conocido artista chino Ai Weiwei *actualiza* la muerte del niño sirio, reproduciendo la terrible imagen tendiéndose él mismo en la playa replicando la posición. ¿De verdad alguna obra de arte tendría más poder, más carga simbólica, más injusticia que la imagen original?, se pregunta Granés. Algo muy parecido observa nuestro autor en el *Enjoy Poverty* de Renzo Martens, donde mostraba

---

\* Profesor Contratado Doctor de Derecho Constitucional. Universidad Complutense de Madrid.

a los congolese a sacar provecho económico de su propia miseria. ¿Cómo? Enseñándoles a sacar fotos de los niños malnutridos y de las desgracias que les asolaban para venderlas después en el mercado de la *pornomiseria*. Era intentar revertir, de alguna manera, el apetito de los primermundistas por la pobreza tercermundista. Ya que había clientela para estas fotos, que los beneficios fueran para ellos, no para los fotógrafos europeos o anglosajones. Como suele suceder, sin pretenderlo caía en lo que denunciaba (p. 60 y ss.).

Nuestro autor aborda otros fenómenos y hace lecturas muy interesantes de los mismos, que pueden aplicarse a los sistemas demoliberales. Así es como llega nuestro autor a decir que nadie defendió más y mejor la moral individual como Margaret Thatcher, puro *do it yourself* (p. 76). Cuando lo contraponen con algunos pensadores de moda, la comparación no resiste. Como muestra, el ejemplo de Byung-Chul Han, uno de los pensadores de moda. A juicio de Carlos Granés, sus diatribas “espiran una nostalgia roñosa por la uniformidad y el conformismo. Si bien la imposición forzada de convertirse en un empresario de sí mismo es infernal, solo esa posibilidad permite la sorpresa: nuevos estilos de vida cuyas excrecencias (...) den dividendos que los autofinancien” (pp. 79 y 80).

La lectura de lo sucedido en los acontecimientos conocidos como *mayo del 68* le da pie a hacer una afirmación incisiva, dado que comprende los mismos como “un regalo envenenado: el joven potencialmente revolucionario acabaría convertido en un pasivo espectador apalancado en la sociedad del espectáculo” (p. 80). Es más: “muchos anhelos, enormes apetitos de ver el mundo girando ciento ochenta grados, que acabaron de igual forma: desvaneciéndose al primer contacto con la realidad”. A nivel económico y político nada cambió (p. 81). Aunque reconoce que es una necesidad decir que nada trascendente pasó. Porque no cambió el mundo pero sí la vida (p. 82). Lo explica así: “ahora los jóvenes consideraban que era más importante tener una vida apasionada que una vida atada a las demandas morales y productivas de la generación previa” (p. 82). Se hace eco del criterio —casualidades hay pocas— de Daniel Bell: el triunfo de la vanguardia y de sus valores hedonistas y autoexpresivos generaría un cortocircuito al interior del capitalismo. Pero, efectivamente, tras las revueltas *sesentayochistas* fue evidente que los nuevos valores ligados a la sexualidad, al placer y a la rebeldía no iban a acabar con el capitalismo: lo modernizaron, lo renovaron y le dieron un balón de oxígeno, tal y como demostraba Enzensberger (p. 83). Los hippies se hicieron empresarios y triunfaron. Hasta que estalló la crisis de 2008 todo discurría más o menos por el cauce establecido. Aunque ya empezaba a incubarse una nueva ola de populismo, fenómeno que se daba desde hacía décadas en varios países de América Latina.

Carlos Granés acude luego a la famosísima obra de la *fuentes-orinal* de Marcel Duchamp de 1917, para explicarnos que el antiarte que representaba no acabó en verdad con el arte, sino que pretendió ocupar su lugar. A partir de ahí el espectador entraba al museo por la puerta de la revolución

y salía por la tienda de suvenires. Nadie le entiende —al nuevo artista— pero todos le hacen caso (p. 94). Gioni dijo que el Libro Rojo de Jung era una obra de arte y, como por arte de birlibirloque, a la Bienal de Venecia que fue a parar. O las señoras de la limpieza, que confundieron obras de arte con basura en el Museo de Arte Moderno y contemporáneo en 2015, cuando barrieron y limpiaron “¿Dónde vamos a bailar esta noche?”, una obra de Sara Goldschmied y Eleonora Chiari. Así que si el instinto anárquico y libérrimo de una señora de la limpieza le dice que algo es basura, ¿quiénes somos nosotros para decirle lo contrario? ¿Quiénes somos para refutar su criterio? Si un curador puede determinar que la basura es arte, ¿por qué una *cleaner* no va a poder decir que una obra de arte es basura?, se interroga Granés (p. 97). También dedica algunas líneas a *Girl with balloon*, de Banksy, donde el artista autodestruye su obra para criticar la servidumbre de la creatividad al dinero. La rebelión se vende bien. Todos estos trucos terminan potenciando lo que denuncian. Ahora tenemos un Banksy intervenido, lo cual lo hace incluso más interesante que el original. Pero en realidad fue un simulacro: destruyo pero no destruyo, me burlo del mercado pero no me burlo. Lo cual tiene su traslación a la democracia. Por ejemplo: se declara la independencia de Cataluña durante ocho segundos y luego se suspende de manera indefinida. Se vota *Brexit* por una exigua mayoría, pero luego no se van (y tampoco se quedan del todo).

Todo esto es puro populismo artístico a la europea y nuestro antropólogo lo tiene muy claro. Lo resume de la siguiente manera: “Mírenme siendo rebelde y no siéndolo al mismo tiempo. Mírenme sabotando el sistema mientras me convierto en su columna vertebral” (p. 100). Banksy puede querer liberar el arte de todos los males que le corrompen pero lo que ha hecho es perpetuarlos, como cualquier político populista. Cierra con una reflexión de esas que provocan que nos levantemos a aplaudir: “Todos nos hemos vuelto un poco populistas, porque todos competimos por sobresalir en esa jungla desmesurada y sin ley. Y como en toda jungla, los más fuertes, los más desfachatados, los más iracundos, los que con más facilidad se han deshecho de todas las restricciones impuestas por la civilización, son quienes han sacado mayor provecho” (p. 100).

Luego viene la segunda parte, esa en la que, parafraseando a su autor, estudia cómo “el civilizado se hace salvaje (estrategias artísticas en la política)”. Carlos Granés parte de una idea difícilmente discutible y esa es que lo salvaje fascina y subyuga a muchos, artistas y políticos por igual, cuando no a amplias capas poblacionales. Porque el salvaje es auto-expresivo, más libre, instintivo, creativo. Conserva la mística y el significado que se perdió en Occidente. Y su violencia, si llega, es siempre emancipadora y revolucionaria, dado que a la postre no está sino defendiéndose del colonialismo e imperialismo occidental. Muchos de estos tópicos han llegado de la mano de los populistas a todo rincón de Occidente, especialmente a Europa, proceso del cual España no se ha visto libre. Ahora son europeos los que se reclaman estar encerra-

dos en una jaula, a merced de los poderosos. Cuando esto se manifiesta en América Latina, algunos en Europa lo miran con devoción, exactamente como se contempló la *Torre de David*, ese edificio venezolano tan peculiar. Una parte de Occidente, consecuentemente, se ha enamorado del chavismo, un movimiento que ha destruido un país por completo. ¿Consecuencia? La XIII Bienal de Venecia, celebrada en 2012, premió con el León de Oro dicho templo arquitectónico del chavismo, confirmando que la miseria de unos era la alegría—indebida, no querida— de otros.

Pero Hugo Chávez tenía muy claro, una vez pasó el tiempo y fracasó su golpe de estado de 1992, que debía valerse de la democracia. Se valdría de las herramientas del enemigo para llegar al poder y desde ahí cambiarlo todo. A fe que lo consiguió. Carlos Granés lo expresa así: “Chávez aprendió a desenvolverse con enorme habilidad en los rituales de la democracia representativa, y en especial en uno: el uso efectivo de los medios de comunicación”. Dicho con otras palabras, seguía siendo un revolucionario, pero ya no un dictador. “El gesto hostil del militar lo reemplazó por la campechanía criolla” (p. 114). En esas estábamos, cuando un grupo de sedicentes intelectuales fueron por la zona, a tomar nota. Se llamaban Pablo Iglesias, Íñigo Errejón y Juan Carlos Monedero. Los civilizados iban a aprender a hacer política salvaje y a traerse en el zurrón algunas enseñanzas. Ya conocemos el resultado. Granés lo explica a la perfección con estas palabras: “la vida política española debía volver a ser un rito voraz, una lucha viril por la hegemonía, una batalla por imponer un discurso y una visión del mundo que no contemplara las matizaciones del enemigo. Todo o nada. Patria o muerte. Conmigo o contra mí. Era la guerra por otros medios” (p. 119).

Nuestro antropólogo se vale de José Luis Pardo, uno de los mejores filósofos españoles, quien los llamó *conflictivistas*, por contraposición a los *contractualistas*. Porque conflicto siempre habrá pero hay dos formas de canalizarlo y son antagónicas: bien mediar entre las diferencias, o bien azucar las mismas. Un caso que a juicio de nuestro autor roza lo patológico es el de Slavoj Žižek, quien celebró con alborozo la llegada de Donald Trump a la presidencia de los EEUU porque así se generaba (¡por fin!) la situación de emergencia que lanzaría a los revolucionarios de izquierda a romper con la *modorra* propia del parlamentarismo moderno. O sea: una celebración del caos y de exaltación que impiden acuerdos y hacen que la sociedad pida otra vez mano dura y/o revoluciones integrales. Guerra política. Guerra simbólica. Saldar viejas cuentas y saciar los nuevos odios. Todo así (p. 121). No paran de caer en ese perfeccionismo paralizante, la tendencia que dice Félix Ovejero de comparar toda conquista real con un mundo ideal (p. 122).

En España no cesaron de hacer enormes esfuerzos históricos para desprestigiar y deslegitimar un viejo consenso: la Transición del franquismo a la democracia, proceso que viene sufriendo los ataques más violentos tanto de la izquierda populista como de algunos nacionalismos periféricos.

Carlos Granés da en el clavo, en ese clavo que mucha gente todavía no sabe cómo gestionar: “España jamás habría podido hacer el tránsito a la democracia sin contar con los franquistas” (p. 124). Pero ya poco importaba: redujeron la complejidad de la realidad a una consigna con la cual provocar indignación moral olvidando que algo que no sea perfecto no significa que deba desestimarse (¿qué obra humana lo es? ¿Qué interés se esconde detrás de poner el listón tan alto? ¿No será una forma de desalentarnos ante tanta e inalcanzable cima moral?).

Lo que fue luego la plana mayor del partido político *Podemos* desembarca en Latinoamérica no para buscar política sino estrategias que les permitan llegar al poder y perpetuarse en él. Unos tipos que habían disfrutado de todo aquello que ahora estaban intentando destruir o, como poco, socavar: la Transición, el Estado del Bienestar y la Unión Europea. Así fue como desde Chiapas, Bolivia y Venezuela, esa plana mayor llega al contacto telúrico con el pueblo y con las masas: la auténtica política de verdad. Es allí donde van aprendiendo “una posibilidad para reconvertir el ajado discurso comunista en un festivo reconocimiento del diferente” (p. 127), con poca teatralización y amplias dosis del espectáculo, con el comandante Marcos estetizando a la perfección su lucha ideológica con una cuidadísima puesta en escena, vestuario, simbología y guion, cuyos discursos eran retransmitidos por televisión. Es ahí donde cobra toda la fuerza la frase de uno de los líderes de la formación morada, cuando manifestaba que a él le interesaba Radio Televisión Española, no un Ministerio o una Vicepresidencia. Quizá también por eso el mismo líder no ha dudado en abandonar la política institucional para lanzarse, bien pertrechado, a la aventura mediática. Carlos Granés entiende que necesitan colarse en casa de la gente a través de la televisión, pues desde ella se produce, sin solución de continuidad, valores e ideología (p. 129).

La monografía nos explica cómo los reyes originales de la telebasura fueron líderes políticos como Evita Perón y Hugo Chávez, con sus famosas alocuciones donde los únicos protagonistas eran ellos. También así se explica por qué esa plana mayor morada ha recibido cursos de cine, teatro, locución, cortos, y presentación de programas, según ha explicado el profesor Torreblanca, de cuyo trabajo se hace eco Granés. Haciendo buenas las tesis de Gramsci, se emplea la cultura como herramienta de cambio y control político porque es la que garantiza entrar y controlar las conciencias. Porque quien controlaba los medios de comunicación, las expresiones culturales, el discurso de la Iglesia, de las asociaciones civiles, y un largo etcétera, podría promover nuevos mensajes que se normalizan paulatinamente hasta convertirse en los nuevos discursos hegemónicos. No era necesario esperar a que cambiara la estructura dado que el revolucionario podía atacar por otro flanco. Como buen posmoderno que es Pablo Iglesias, según el criterio de Carlos Granés, también creía que todos los conceptos están sometidos a construcción. Así pasa por ejemplo

con el de democracia. De ganar esta guerra, democracia será lo que Pablo Iglesias diga que es democracia. En la teoría esto es gramsciano, pero en la práctica es peronismo y chavismo o, dicho con otras palabras, populismo puro y duro. “Es el falso demócrata y el demócrata populista el que va a recalcar hasta la náusea que todo lo que hace está legitimado por los más puros principios democráticos” (p. 134).

En el fondo no hay nada nuevo sino la adaptación de ejemplos como el de Rimbaud, quien con su pelo largo y su vestimenta sucia pretendía socavar las costumbres burguesas del siglo XIX a través del escándalo de la provocación. Por ejemplo, diputados como Gabriel Rufián, que acapara titulares porque sabe que esas formas teatrales y chulescas son queridas por el sistema que supuestamente combate. El parlamentario catalán se ha convertido en política a algo muy similar a la fuente-orinal, según nos explica Granés. No va a Madrid a legislar, sino a demostrar con sus puestas en escena lo mucho que desprecia las instituciones españolas. Rufián es, para el autor, la penúltima expresión de la *antipolítica* (p. 135).

Nuestro antropólogo cree que líderes como Trump o Bolsonaro logran atraer a tanta gente, “harta de sentirse estigmatizada por el buen gusto, el refinamiento cultural y los valores progresistas de los sesentayochistas triunfantes” (p. 138). La autenticidad y la sinceridad radical siguen siendo valores que sirven para atacar y desestabilizar el *statu quo*. En fin, “el interés de Errejón era lógico. Si en América Latina un indígena había llegado al poder, entonces no era imposible que en España un neocomunista aspirara a ser presidente del Gobierno” (p. 141). Ernesto Laclau lo teorizó. Había que ganar unas elecciones y construir un *nosotros-nacional-popular* fundado en el rechazo a las políticas liberales. Y a partir de ahí... El discurso era claramente integrador y transversal, con el deseo de aglutinar a diferentes clases, religiones y etnias. Una creación casi literaria, ese nosotros los de abajo contra ellos los de arriba. Nación se convertía en la categoría más amplia a la que podía aspirar un político. Todo político populista debe antes o después hacer patria, tirar de nacionalidad y disputar el concepto. “El antiliberalismo de los populistas” siempre desdeña la noción de ciudadanía.

Todo eso se vio reflejado en el proceso independentista catalán. *Performances*, tramas de sentido, una voz orwelliana que salía de altavoces móviles que discurrían por municipios catalanes llamando a “no normalizar una situación de excepcionalidad y de *urgencia nacional*” (p. 154). Huelga decir que este tipo de procesos centrado en el yo, en las vivencias, glorias y miserias subjetivas traducen una ilusión colectiva que no es sino reconocimientos tribales. Los independentistas fueron los nuevos actores del *Living Theatre*, siguiendo el afortunado símil que nos propone Carlos Granés. El referéndum de 2017 era una gran *performance* que avivaba esa llama, o dicho con los términos del autor, “llevaba a los nacionalistas hasta ese lugar perdido en el tiempo donde podían decidir su independencia, y les pedía que

se quedaran ahí hasta que llegaran los ingenieros a plantar los cimientos constitucionales de la nueva república catalana” (p. 159).

Para Carlos Granés, queda claro que “algo estaba pasando en Europa. En un continente civilizado y predecible, donde los gobiernos se sucedían unos a otros en calma, sin sobresaltos, violencia o estampidas, el populismo empezaba a trastornar por completo la política” (pp. 165 y 166). No obstante, siempre habrá auténticos hombres libres que no nos dejan perder la esperanza y que Granés menciona explícitamente, tales como Albert Boadella o Félix Ovejero, por citar algunos ejemplos. Se creó una plataforma llamada Tabarnia y, empleando los mismos argumentos que los independentistas, defendían que podían independizarse de Cataluña mediante la independencia del balcón de su comunidad de vecinos y de la propia Cataluña.

El autor recuerda que se creó un doble frente contra el independentismo. El racional que defendía la realidad y la verdad, encabezado por intelectuales como Cercas, el propio Ovejero, Borrell y Llorach. Y otro, encabezado por Vives y Boadella mediante Tabarnia, añadiendo más ficción a las ficciones. La diferencia entre Tabarnia y el *procés* es que los primeros sabían que habían inventado una mentira. Boadella lo dice y Granés lo resalta: los líderes independentistas antes que políticos son actores que han logrado convertir la vida catalana en un absurdo. Ellos, en apariencia serios y civilizados, convirtieron el Parlament en un circo de locos. Y los bufones, en apariencia salvajes y anárquicos, solo estaban tratando de devolver la cordura. El Parlament como el auténtico Teatro Nacional de Cataluña (p. 182).

Dicho lo anterior, sólo nos queda invitar al lector a que se acerque a un libro con tesis sugerentes, muy bien trabado desde el punto de vista argumental y con un enfoque fresco. Desde aquí sabemos que no hemos conseguido hacer justicia al esfuerzo desplegado por su autor, pero sí esperamos haber suscitado la curiosidad, que no siempre mató al minino.